

Momentos de nerviosidad

Joselin Acosta

Atemorizado, alterado y con las palmas sudando, él no podía encontrar su lugar. Lo miraba contento pero a la misma vez incómodo al pensar qué iba a pensar mi padre de él. Mi novio, Diego, estaba preparándose para pedirle permiso a mi celosísimo papá, para que pudiéramos ser novios en una manera formal. No podía pensar más que sentirme sorprendida al ver que mi adorado se comportaba de una forma muy extraña. Estaba acostumbrada a ver al chico simpático platicar y actuar como el chistosito que él se cree ser. Ahora lo notaba muy callado, hundiéndose bajo vergüenza porque ahora sí se trataba de un tema serio. Me sorprendí por la timidez que no había conocido en él.

Se había pasado la hora de la cena y él todavía en lo mismo. Observaba como movía sus labios tan rápido, tratando de acomodar sus palabras en su mente y pronunciar las palabras exactas. La verdad es que no lo miraba nada seguro. ¡Ojalá que no se estuviera arrepintiendo! Se me hacía muy chistoso porque parecía que andaba cantando en su propio mundo. A consecuencia de tanta nerviosidad, casi se le olvidaba a qué era lo que venía. ¡Ay, Diego!

Antes de habernos despedido, se animó a lo que por fin estábamos esperando. Hablando en un tono desconocido le preguntó a mi padre: “¿Señor Alfonso, me daría la oportunidad de pedirle permiso para ser el novio de su hija?” Para un muchacho que no practica bien su español, ¡le salió muy bien! Mi padre ahora fue el que estaba perdido con sus palabras. Pero aunque estaba batallando también para reencontrar su pensamiento logró decir: “No sé, tendrías que preguntarle a mi hija, porque al fin ella es la que tiene la última palabra”.... ¡Jamás pensaría que mi padre iba a aceptar algún novio mío! Nunca me esperaba esta agradable sorpresa que los dos me dieron.